

Observaciones sobre el *Calosoma vagabundo* y su larva (*)

Por

R a f a e l B A R R O S V.

Ac. de N. de la Ac. Ch. de Cs. Ns.

Sin ánimo de invadir el campo de los especialistas que en nuestro país cultivan el atrayente estudio de los coleópteros, quiero exponer algunas breves observaciones sobre costumbres del *Calosoma vagans* Déjean y su larva, a fin de agregar una modesta contribución al conocimiento de la biología de este interesante insecto.

El *Calosoma vagabundo* es un cucaracho carábido, bastante corpulento; sobrepasa 24 milímetros de largo. Posee un olor fétido, penetrante, muy repulsivo. Abunda en la parte oriental del país, principalmente en la vecindad de la Cordillera. En la Cordillera de Aconcagua lo he hallado hasta a más de 1.600 metros de altura sobre el nivel del mar.

En los sitios que habita, efectúa correrías en busca de sus presas, recorriendo el suelo con marcha rápida. Para descansar o cuando desea ocultarse, se guarece bajo las piedras, los troncos caídos, o entre las hierbas. Es frecuente verlo de día excursionando con su marcha acostumbrada, andar entre las hierbas, o cruzar los caminos que no le ofrecen abrigo, sin temor alguno.

Su alimento lo componen otros insectos, y, sobre todo, larvas. Este consumo es muy benéfico a la agricultura, según lo indicó en 1926, el Profesor Fr. Flaminio Ruiz P., en un trabajo que presentó a la So-

(*) Leído en sesión general de la **Academia Chilena de Ciencias Naturales** el 24 de Noviembre de 1929.

ciudad Chilena de Historia Natural (1), por destruir gran número de larvas perjudiciales de lepidópteros de varias especies, conocidas por los campesinos con el nombre común de cuncunillas, y que son una de las plagas de los cultivos de chacarería.

La larva del *Calosoma* vagabundo es de color obscuro. Así como el *Calosoma* perfecto, la larva es carnívora y sumamente voraz. En sus correrías, lo mismo excursiona de día que de noche. Al avanzar, marcha rápidamente, llevando su ancha y aplastada cabeza junto al suelo. Parece como si fuera husmeando el terreno que recorre, y hace la impresión de un diminuto tanque que avanzara abriéndose paso. Tras sí, en el suelo polvoriento de los caminos, va quedando un ancho rastro, que traza con la parte posterior del cuerpo, mal sostenida por las cortas patas, por lo cual el animalito la arrastra en su marcha.

Desde Río Blanco, donde ví numerosas larvas del cucaracho, de distintos tamaños, atravesando presurosos y en distintas direcciones el camino que va a la Estación de Psicultura, que entonces dirigía, llevé dos a Los Andes, en una cajita de fósforos, el 22 de Noviembre de 1926. No tomé la precaución de colocar gusanos o cuncunas (larvas de mariposas), que les sirvieran de alimento e impidieran despertarse en ellas los feroces instintos de canibalismo. Sin embargo, llegaron en buenas condiciones y creí podrían pasar la noche juntas en una caja de cartón más amplia; pero el tiempo se encargó de demostrar lo contrario, provocando la catástrofe.

Una horrible tragedia desarrollóse entre las, en apariencia, pacíficas compañeras de cautiverio, en medio de las sombras silenciosas. Luego que el apetito aguijoneó los instintos carniceros de las protagonistas, la más corpulenta y fuerte debe haberse echado sobre

(1) **PROF. Fr. FLAMINIO RUIZ P.**—*La Colosoma vagans* Déj. y su utilidad para la Agricultura, en "Revista Chilena de Historia Natural". Año XXX (1926), págs. 202-205, Santiago de Chile.

su vecina, e hincándole sus fuertes y aceradas pinzas, no la soltó sino cuando sus envolturas coriáceas no ofrecían ya nada a su voracidad.

Al día siguiente hallé esa larva, tranquila en un rincón de la caja, después de su macabro festín. Abandonados en otro extremo estaban los despojos de la víctima, cuyo cuerpo había sido vaciado de todo su contenido, por una ancha herida que se veía entre las patas.

Le ofrecí una cuncunilla. Sin titubear un instante la aferró con las mandíbulas por el lomo; luego fué cambiando de posición, hasta llegar al sitio favorito de ataque: la parte inferior de la cabeza, entre las patas. Allí clavó sus poderosos dientes y permaneció largo rato inmóvil; apenas si por momentos se movían los palpos, acariciando el cuerpo de la víctima, que no dejaba de ensayar infructuosos movimientos, procurando en vano libertarse de las férreas tenazas que la oprimían.

Después, sin apresuramiento, sin separar la boca del punto que había atacado, fué sorbiendo el contenido del cuerpo inanimado, operación lenta, que la ocupó durante algunas horas. Alrededor de la boca afanosamente ocupada en consumir la sabrosa pulpa, aparecía de cuando en cuando un líquido, en que aquella se sumergía con fruición, hasta que concluía de engullirlo.

Me imaginaba ser aquello la pulpa grasosa de la cuncuna, mezclada con saliva de la larva de calosoma.

Mientras comía, con una pequeña explosión, lanzó un excremento líquido, color rosado pálido, de olor repugnante. Inmediatamente cesó en su trabajo de comer, y permaneció inmóvil por un rato, con las mandíbulas clavadas en el cuerpo de la víctima. Después continuó su interrumpida tarea.

En tanto que estaba ocupada en sorber los substanciosos jugos, una mosca impertinente y novedosa, tuvo la osadía de tocarla. Instantáneamente revolvió con cierta violencia la parte posterior del cuerpo, para

atemorizar y alejar a la intrusa, pero sin soltar la cuncunilla; luego arrastróla, retrocediendo dos o tres veces, dando algunos pasos en cada vez, a manera de alguna fiera que tratara de ocultarse en la espesura, arrastrando su corpulenta presa, demasiado pesada para llevarla hacia adelante.

Los despojos de la cuncunilla quedaron encogidos, casi como un pequeño montón, así como los de la larva de calosoma devorada primero; pero no tanto como éstos, porque no alcanzó a consumirla en su totalidad. A los escasos restos sobrantes acudió durante la noche.

La larva del Calosoma vagabundo no acepta cualquier presa. La mía concluyó por morir en Los Andes, por falta del alimento a que estaba habituada y que otras larvas no pudieron substituir.

Dunas de Llico, 8-IX-1929.

